

Ãpica que nunca fue

domingo, 03 de agosto de 2008

Modificado el domingo, 17 de agosto de 2008

Secci3n dedicada a la poes-a escrita por guieneses

ÃPICA QUE NUNCA FUEÃpica que nunca fue es un pequeÃ±o poemario de Javier Estvez que rene versos nacidos bajo la m3sica hom3nima de Win Mertens. Aqu se seleccionan y se presentan tres poemas escritos a la sombra del compositor belga que exponen y proyectan su pasi3n por la naturaleza y sus elementos.

I Me basta con cerrar los ojos para que todo comience de nuevo. Entonces regreso decidido sobre la isla, y revivo bajo tu sombra aquellos d3as gastados en basalto y mar, cuando a tu lado las araucarias me reconoc3an por tu condici3n de selva duplicada y los laureles y sus ra3ces arrebatadas se disputaban y se quebraban para que todo sucediera, y todo suced3a, y yo era feliz, y mis dedos hablaban sobre nocturnos que ascend3an y descend3an por pentagramas que entonces nadie conoc3a, que entonces nadie sospechaba, y yo me acercaba al mar, y el mar me acercaba sus ahogados, y yo los besaba, y s3lo yo los reconoc3a y los regresaba, y extend3a sus abrojos y sus escamas de barro olvidado sobre ciertos tejados, sobre inciertas azoteas porque esta ciudad antes de ciudad fue bosque porque esta ciudad antes de bosque fue mar. Me basta con cerrar los ojos para que la orilla rechazada que la lava somet3a regrese con su olor a sal, a guijarros, a tan extensa pleamar que orille definitivamente aquel bosque suplantado, aquel cementerio de p3talos, aquella primavera enloquecida donde gritaban palmeras de altas soledades, y copulaban dragos nupciales y ferruginos bajo los que nadie volver3a a llorar jam3s. II Yo no quiero morir, aunque se extinga la primavera desahuciada y el mar se desangre en cada playa a punto de extenuarse, solo, rodeado de silencios elocuentes que arrugan, por momentos, mi voz de poeta desnutrido. Yo nac3 para desangrarme en cada verso, no para llorar consumido en las esquinas. Me cansan las ausencias. Me agota la muerte puntual y repetida. Mi verbo no naci3 para el lutosino para extender mi condici3n de enamorado de los bosques de verde esperma, con todos sus c3lices y sus frutos. Yo me aferro a la vida como ciertas ra3ces que horadan la tierra por su implacable sed de existencia. Necesito de los 3rboles y su liturgia para anclarme definitivamente a esta tierra de ausencias. III Me diste tu sonrisa con su arena irremediable, con su oc3ano abundante que a3n no conoce ahogados. Me diste las sombras para que amara arrebatadamente los 3rboles, Me diste tus libros con sus historias, sus frutos, sus silencios. Me diste la primavera, la isla con sus orillas pobladas de hombres, de hojas, de ra3ces inservibles. Me diste los caminos, las piedras incomprendidas, la lluvia recurrente que ya nadie sostiene. Me diste la flor definitiva, la sangre vegetal que me hermana con las selvas, la oscilaci3n de las mareas, la quietud de ciertas noches de septiembre, los r3pos de mi alma, alma que la vida abrasa tras su paso incendiario. Me diste la fraternidad de los poetas entre los que me siento a llorar desconsolado. Me diste tu vida y luch3 cuerpo a cuerpo por entenderla. Pero me qued3 sin horizonte, solitario, casi indiferente. Yo sent3 que por tu muerte mi vida fue vencida. pero ahora s3 que, mientras t3 mor3as, yo nac3 para la poes-a.